DISCURSO

PRONUNCIADO EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1904

EN EL CONGRESO DE ARTES Y CIENCIAS DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL
DE SAN LUIS MISSOURI,

POR ALFREDO CHAVERO,

INSPECTOR DEL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.



MÉXICO

—

IMPRENTA DEL MUSEO NACIONAL

1905

420

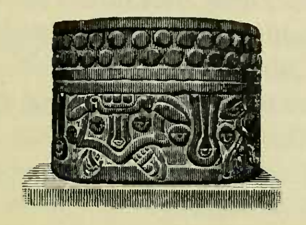
DISCURSO

PRONUNCIADO EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1904

EN EL CONGRESO DE ARTES Y CIENCIAS DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL
DE SAN LUIS MISSOURI,

POR ALFREDO CHAVERO,

INSPECTOR DEL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.



MÉXICO

IMPRENTA DEL MUSEO NACIONAL

1905

EL Comité de organización del Congreso Internacional de Artes y Ciencias me designó, para que dijese yo un discurso sobre la Arqueología en sus relaciones con las otras ciencias. Era una honra tan grande para mí, que no podía rehusarla. Voy, pues, á hablar sobre tema tan interesante, tomando especialmente por base la Arqueología Mexicana.

Generalmente se tiene á la Arqueología como ciencia de curiosidad, y no de resultados prácticos. Es solamente consecuencia del deseo común á todos los pueblos de conocer su pasado: todos quieren saber de dónde han venido, como el hombre busca quiénes fueron sus antecesores. Y sin embargo de esa creencia, cada día aumentan más y más los estudios arqueológicos: y las naciones, sobre todo las civilizadas de hoy, no hacen nada que no les sea útil, que no les dé resultados prácticos. ¿Cuáles pueden ser éstos en la Arqueología? Nos lo va á contestar el estudio de sus relaciones con las otras ciencias y con las artes.

Desde luego, nadie niega los grandes servicios prestados á la Historia por la Arqueología. Los pueblos primitivos no tenían más medio para transmitir su historia, que la tradición oral. Ésta se iba adulterando necesariamente con el transcurso del tiempo; y se substituía por la leyenda, sin duda comprensible en sus principios; pero más tarde confusa é ininteligible. Aun las naciones que alcanzaron á formar una escritura, y consignaron sus hechos, ya en documentos ya en inscripciones esculturales, al desaparecer se llevaron consigo el secreto de su lectura, y apenas si dejaron en la memoria de los hombres algunos recuerdos incompletos de su pa-

sada existencia. El estudio de sus documentos, antes incomprensibles, y de sus inscripciones, obra de extraordinaria labor, vino á completar esas vagas tradiciones; y en algunos casos, como en lo relativo á Egipto, á formar una verdadera historia. Muchas veces los trabajos arqueológicos llegaron á explicar las leyendas, y á substituírlas por hechos reales. Las excavaciones de Creta nos están enseñando los orígenes helenos y las evoluciones religiosas de la raza: mientras las exploraciones de Abydos, de Troya y otros lugares importantes del oriente, comienzan ya á derramar luz sobre las obscuridades de aquellos tiempos remotos. Y así, gracias á la Arqueología, se va reconstituyendo, poco á poco, la verdadera vida de la humanidad. Bastaría para ponerla entre las ciencias más provechosas, este inmenso servicio que satisface el afán del hombre por alcanzar la verdad de su pasado, y no sentirse nacido sin antecedentes, como árbol que brota solo en la llanura, ó piedra que rueda aislada al desprenderse de la alta montaña.

De ninguna manera podría expresarse más elocuentemente este primordial objeto de la Arqueología, que con las palabras de M. Babelon, al hablar de los monumentos de Susa. «Con las exploraciones arqueológicas en Persia, ha dicho, se abre y va á escribirse un nuevo capítulo de la historia de la humanidad.» Y yo agrego, que la Arqueología acabará por escribir todos los capítulos de ese gran libro, de esa Biblia de la historia del hombre sobre la faz de la tierra.

En cuanto á México, los servicios de la Arqueología han sido muy útiles: y aquí es la oportunidad de hacer presentes nuestros agradecimientos á los sabios de diversas nacionalidades, que con sus estudios han enriquecido nuestra Historia, como Putnam, Holmes y Payne, el Conde de Charencey, Seler y Förstman, Cyrus Thomas y Maudslay, la Sra. Nuttall y la Srita. Fletcher, Goodman y Mc. Gee, y tantos otros que sería largo enumerar.

Los antiguos mexicanos y las demás nacionalidades que antes de la conquista ocuparon el actual territorio de México, tuvieron más que muchos pueblos del viejo mundo, sobre todo los primeros, fuentes abundantes de su historia. Desde los primeros años del gobierno colonial, dedicáronse á escribirla varios frailes, como Motolinía, Sahagún y Durán. Su procedimiento, según refieren Sahagún y Acosta, era reunir á los indios entendidos en la materia, quienes les referían los hechos transmitidos verbalmente de generación en generación; pues era costumbre en los colegios sacerdotales llamados *calmecac,* componer los relatos históricos y los cantares sagrados, y enseñarlos de memoria á los alumnos, para que éstos á su vez los transmitieran á la generación siguiente. Así se

pudo escribir la Historia de los aztecas, desde el principio de su peregrinación hasta la llegada de Cortés, con gran copia de detalles y pormenores.

No solamente los primeros frailes, también escritores indígenas, como Tezozomoc, Chimalpain y Castillo (éste escribió en mexicano y debe creérsele indio) hicieron importantísimas crónicas. Algunas veces descendían de los mismos reyes ó personas principales, y tenían á su disposición las tradiciones de familia y los restos de los archivos jeroglíficos; y así pudieron escribir iteresantes obras Pomar é Ixtlilxochitl sobre el reino de Texcoco, y Muñoz Camargo sobre la república de Tlaxcalla.

En relaciones locales, como las mandadas hacer de orden de Felipe II, y las cuales constituyen á fines del siglo XVI un trabajo estadístico completo de la Nueva España, como no lo tenían entonces las naciones más adelantadas de Europa, y en crónicas de conventos de diversos pueblos, se esparcieron noticias históricas muy importantes, recogidas por la tradición. Tales fueron las obras de Burgoa para los zapotecas, de La Rea para los michoacas, de Pérez Rivas para las provincias del norte, de Remesal para Chiapas; y de otros que nos dan gran contingente histórico.

Y sin embargo de tantos elementos, nuestra Historia antigua habría quedado incompleta, si no hubiera venido en su auxilio la Arqueología.

Desde luego, mucho nos ha enseñado el estudio de los códices jeroglíficos, cuya lectura hemos ido comprendiendo poco á poco. Así, la Tira de la Peregrinación azteca, existente en el Museo Nacional, ha fijado ya el número y nombre de los pueblos viajeros, cuándo y por qué se separaron, el itinerario de su viaje, el establecimiento y derrota de los mexicas en Chapultepec, y cómo después los arrojaron de Culhuacan; mientras el mapa de la misma Peregrinación, recientemente recobrado por el Museo, y una de nuestras pinturas jeroglíficas más antiguas y más auténticas, ha determinado con precisión los hechos que precedieron á la fundación de la ciudad de México Tenochtitlan, y ha fijado con claridad los pormenores de dicha fundación. Los mapas Xolotzin, Tlotzin y Quinatzin nos completan la historia de los texcocanos; y son interesantísimos, al mostrarnos gráficamente la vida troglodita de los chichimecas. El códice Dehesa nos presenta el viaje y conquistas de los zapotecas, y el Porfirio Díaz sus campañas con los cuicatecas. Y así otras pinturas nos dan preciosos datos para nuestra Historia.

No han contribuído poco á este fin las inscripciones ó relieves en piedra, casi no estudiados aún. Nos bastará citar la Piedra del

hambre y el Cuauhxicalli de Tizoc, ambos existentes en el salón de monolitos del Museo Nacional de México.. La primera ha venido á fijar de modo indiscutible las fechas de aquella calamidad, que estuvo á punto de concluír con la antigua raza azteca. La segunda ha corregido tradiciones erróneas sobre el rey Tizoc, y nos presenta la serie de sus victorias y conquistas.

De esta manera los estudios arqueológicos, sobre todo cuando puedan hacerse exploraciones verdaderamente científicas en nuestras ruinas y en nuestros monumentos, vendrán á completar y á corregir nuestra Historia antigua, tan interesante y tan llena de enseñanzas; no menos que las de los pueblos primitivos del oriente, cuya investigación preocupa hoy con razón al mundo científico.

Pero si la Arqueología es un gran auxiliar de la Historia, mayor lo es aún de la Antropología, la ciencia del hombre. Éste siempre ha tenido ansia de conocer cuanto lo rodea, de penetrar en el universo entero. Con los ojos fijos en el firmamento, ha querido saber cómo se mueven la luna y el sol; y después la marcha de los planetas; en seguida las leyes de la mecánica celeste, desde la vía láctea hasta las más pequeñas estrellas: ha osado penetrar en las entrañas de la tierra, para robarle sus tesoros, y ha estudiado su prodigiosa estructura; ha recorrido sus bosques seculares, y ha contado su fauna y su flora; ha surcado sus lagos, sus ríos y sus mares, y se ha adueñado de todo el mundo: en fin, el hombre en la pequeña concavidad de su cerebro, ha encerrado toda la inmensidad del universo.

Le faltaba estudiar lo más grande, lo más noble: al hombre, á sí mismo. El hombre se ha creído siempre, lo más valioso, lo más perfecto, lo más sublime de la creación. La Biblia dice: Dios hizo al hombre á su semejanza. Hacer al hombre semejante á Dios, es deificarlo.

Cuando los pueblos primitivos, después de adorar á los animales, pasaron de la zoolatría al culto de los árboles, de éste al de las montañas, y al fin llegaron al uránico, porque sus concepciones cerebrales se iban desarrollando en continuo progreso, quisieron dar una forma á sus divinidades, alzarles templos y pirámides, y organizar al fin sus religiones. Pues bien: á esas deidades superiores, producto de una inteligencia también superior, les dieron figura humana. El hombre á su vez hizo á los dioses á su semejanza.

Bajo este concepto, no es lógico limitar la ciencia del hombre á su estudio como un objeto de la Historia natural, ó como un animal. Sin duda le pertenecen la Somatología y la Etnología, y por lo mismo la Etnografía. Pero el hombre se compone no solamente de cuerpo: tiene, además, facultades naturales que no pueden ser despreciadas en su estudio. Así, piensa, tiene un cerebro en

actividad; y el conjunto de sus pensamientos forma su Filosofía, como el método de pensar hace su Lógica. Tiene un corazón y siente; y de esos sentimientos nacen su Moral y su Religión. Una de sus más hermosas facultades es poder expresar lo que piensa y lo que siente. Si lo hace por la palabra, la Gramática, la Oratoria y la Lingüística pertenecen á la ciencia del hombre. Pero puede hacerlo también escribiendo, y entonces le corresponden la Poesía y en general la Literatura; ó manifestar sus pensamientos por la Pintura, la Escultura y demás Artes estéticas. Si no se quiere dar á los nombres un sentido convencional, sino el verdadero correspondiente á sus elementos de formación, dentro de la Antropología deben caber todas la ciencias subjetivas. Acaso parecerá grande mi audacia cuando hablo de esta innovación en los métodos establecidos; pero si hemos de considerar al hombre de una manera especial, debemos tomar en cuenta todo lo que le pertenece; y tratar separadamente lo objetivo, lo que está fuera de él. Pues bien: bajo estas ideas, la Arqueología no solamente es gran auxiliar de la Antropología, sino que le es absolutamente necesaria para su conocimiento perfecto, para su desarrollo completo, en todas las ramas de que he hecho mención.

Comencemos por el estudio de las razas humanas, uno de los objetos más importantes de la Etnografía.

Tradiciones aisladas, diferentes, acaso exactas, pero incompletas, nos dan apenas ideas vagas del origen de los hombres, y de su reparto sobre el haz de la tierra. La Historia calla en este punto; no le corresponde: únicamente puede consignar los hechos unidos á una cronología clara y precisa. Las épocas cosmogónicas, llamadas soles por los nahuas, sólo se han podido determinar por el estudio de los jeroglíficos. Cuatro páginas de un códice guardadas en la Biblioteca del Vaticano, nos enseñan cómo á la primera época llamaban *Atonatiuh* ó sol de agua; que á su fin pereció la humanidad por una gran inundación, y que duró esa época 808 años, teniendo lugar la catástrofe el día *matlactli atl* de la veintena *atemoztli*. Acaso corresponde al hundimiento de la Atlántida. La segunda fué el sol de aire ó *Ehecatonatiuh,* probablemente relativo á la época glacial, la cual duró 810 años, y terminó el día *ce ocelotl* de la veintena *pachtli*. La tercera fué el *Tletonatiuh* ó sol de fuego. Corresponde á la época de las grandes erupciones volcánicas; tuvo 964 años de duración, y concluyó el día *chicunahui ollin* de la veintena *xilomaniliztli*. En fin, la cuarta, sol de tierra ó *Tlaltonatiuh,* se extendió por 1046 años. Así la Arqueología nos ha revelado, que la raza nahua contaba una antigüedad de 3877 años antes de la era vulgar, lo cual daría hoy 5781 años.

La cuestión de las migraciones de los primeros hombres es evidentemente una de las más serias, y que más han preocupado á los sabios; así como el examen de la vida troglodita de los pueblos. En cuanto á lo primero hay en el viejo mundo tradiciones antiguas generalmente aceptadas; pero las cuales no explican satisfactoriamente el desarrollo de la humanidad á través del tiempo y del espacio.

En América, y sobre todo en el actual territorio de México y los Estados Unidos, hay tradiciones constantes de la venida de algunas razas, que de éste bajaron á aquél. Historiadores del siglo XVII y XVIII nos dan el itinerario del viaje de los toltecas; y los del siglo XVI ya se ocupaban de la peregrinación de los aztecas. Pero estos son hechos relativamente modernos, quedan dentro de nuestra era; y aun así, el viaje de los mexicas solamente ha podido fijarse con seguridad en los últimos tiempos, por la descifración exacta de la pintura denominada Cuadro histórico jeroglífico de la Peregrinación azteca, últimamente recobrado por el Museo Nacional de México, y cuya calidad de obra precolombina de los indios está autenticada, no solamente por sus propiedades características é indiscutibles, sino también por autoridades tan respetables como Tezozomoc, Torquemada, Duarte, Sigüenza y Góngora, Gemelli Carreri, Boturini, Clavigero, Veitia, León y Gama, Pichardo, el Barón de Humboldt, Prescott, D. José Fernando Ramírez y D. Manuel Orozco y Berra.

La Arqueología ha hecho más aún. Ya en mi Historia antigua de México, desde veinte años há, llamaba yo la atención sobre los siguientes hechos. Todo tiende á comprobar la antiquísima unión de los continentes y la existencia de la Atlántida. En aquella época remotísima había negros en nuestro territorio: como lo prueban la cabeza colosal de Hueyapan y el hacha gigantesca de la costa de Veracruz. Desde los tiempos más remotos aparece en nuestro continente una raza, tal vez autóctona, monosilábica, y representada en México por los otomíes, de los cuales hay restos todavía. La primera invasión extraña, por lo menos en cuanto se refiere á la parte norte, y probablemente por el camino de la Atlántida, tuvo lugar en siglos muy atrás, y fué de una raza de lengua aglutinante, que después se llamó nahua. Deben llamar la atención tres hechos comprobados: la existencia de una Tula en el sur de Rusia, que en el Cáucaso quedan vestigios de la aritmética vigesimal, y que en él se encuentra un pueblo cuya lengua tiene la consonante tl: particularidades propias de dicha raza nahua. Al extenderse esta raza, debió necesariamente empujar á la autóctona hacia el norte y el poniente. Conocidas son las analogías entre las

costumbres, los caracteres antropológicos y las tradiciones de los pueblos del norte de Asia y América. Si los esquimales pudieron pasar de uno á otro continente, lógico es creer que los pueblos monosilábicos, empujados por los nahuas, atravesaron del noroeste de América al noreste de Asia en tiempos muy remotos, y marcharon en ésta extendiéndose de oriente á poniente, como consta en sus recuerdos históricos.

Más tarde, ya en la época de la piedra pulida, y acaso cuando ya usaban el cobre, otros emigrantes, los chanes, llegaron á la región del Usumacinta, en barcas según las tradiciones. No solamente, al mezclarse con la raza monosilábica, mam ó mox, formaron un nuevo cuerpo etnográfico con lengua propia en aquel territorio; sino que, por su crecimiento y por la ley natural de expansión, se extendieron hasta los dos itsmos, y pasando el llamado ahora de Tehuantepec, siguieron en dirección del norte. Los ídolos con *nasem* encontrados en Michuacan, demuestran cómo llegaron hasta allí, y fueron detenidos en su marcha por los mecas, habitadores de Xalixco. En el oriente siguieron por el actual terreno de Veracruz, y subieron más allá de la Quemada en Zacatecas. Estas ruinas por su estructura están íntimamente ligadas con las de Aké, en la península maya. Absurdo ha sido, pues, llamarlas Chicomoztoc, como atribuírlas á razas que jamás pasaron por ellas, ni tuvieron siquiera conocimiento de su existencia. No carece de fundamento la teoría, de cómo las razas del sur siguieron la costa, y remontaron el Mississipi. La clase de construcciones de los mound builders, el carácter de las conchas labradas encontradas en ellas, trazas dejadas en la lingüística, y otras circunstancias, parecen probarlo. Entonces, la invasión hacia el norte hecha por el oriente, empujó al occidente á las antiguas tribus, las cuales á su vez emigraron al sur, siendo una de las más antiguas la de los xiuhs, quienes emprendieron su viaje en el año 626 antes de la era vulgar, y habiendo llegado á la región del sur de nuestro territorio, produjeron por su unión con los pueblos allí existentes, la prodigiosa civilización que se revela en las ruinas de Yucatan y el Palemke.

Como he dicho, la lingüística confirma todo esto. Las exploraciones craneológicas hechas por el sabio Prof. Hrdlicka, han venido á comprobar las tradiciones, en cuanto á los nahuas se refiere.

De esta manera, la Arqueología ha adelantado mucho en materia tan importante como la de las migraciones; y llegará, hasta donde sea posible, á explicar cómo nació el hombre en la tierra y cómo se extendió en ella.

La Ciencia también sabe decir: *Fiat lux.*

Pero si la vida material del hombre, digámoslo así, se hace patente por el estudio de las migraciones, su vida intelectual se conoce principalmente por la evolución de sus ideas religiosas: y en este punto es igualmente importante el auxilio de la Arqueología.

Las exploraciones hechas en los últimos años en el Viejo Continente han venido á arrojar mucha luz sobre esta materia. Los estudios sobre nuestras antigüedades han precisado la teogonía india. Unas cuantas noticias, obscuras y desordenadas, nos habían dado los cronistas mayas del siglo XVII. Los trabajos de Schelhas, Brinton y Gunckel nos han hecho adelantar mucho en pocos años. Tomándolos como punto de partida, y profundizando el sentido de jeroglíficos é inscripciones, y comparándolos con las ideas nahuas correspondientes, también veladas en relatos bizarros y en pinturas de códices, hemos llegado á levantar una punta del velo de esa teogonía astronómica, misteriosa como la noche en que la crearon los ojos admirados de los hombres. En el negro firmamento los astros brillantes, como pupilas luminosas de dioses invisibles: en la tierra, sobre el teocalli, los ojos penetrantes de los sacerdotes astrónomos, como estrellas deslumbradoras que hubieran caído de los cielos. De ese choque de luces, de ojos de hombres y de astros, brotó la religión uránica. La humanidad, según progresivamente se desarrollaba su cerebro, iba alzando su mirada: primero, la tenía baja en los animales que andaban en el suelo; luego la alzó á los árboles que erguían en el aire sus copas majestuosas; después la puso en las altas montañas cubiertas de eternas nieves; al fin, la levantó al firmamento.

Se formó entonces una religión astronómica hermosa, casi pudiéramos decir sublime. El creador era el firmamento, *Xiuhtecuhtli*, el señor azul; la creadora era *Omecihuatl*, la mujer dos, la vía láctea. El primero obró sobre la segunda por medio del fuego; y de su materia cósmica se desprendieron los astros. Los principales fueron: el sol *Tonatiuh*, la luna *Tezcatlipoca*, y venus *Quetzalcoatl*. De ellos hicieron sus más grandes dioses. Para adorarlos, les dieron forma antropomórfica: los representaron con figura humana. De ahí nacieron multitud de estatuas de deidades: de barro, de madera, de piedra; y vino necesariamente la idolatría. Los indios pudieron llegar al culto astronómico; pero sus facultades psíquicas no les permitieron pasar más allá del materialismo. Habían adorado á los animales, porque los veían y con sus manos podían cogerlos; á los árboles que tocaban; á las montañas, por donde subían con sus pies; á los astros que contemplaban con sus ojos. Mas no alcanzaron á llegar á ideas abstractas: no tuvieron concepciones espiritualistas. Para decir espíritu usaban en nahua de la palabra

ehecatl y en maya de la voz *ik:* ambas significan aire. El aire es, ciertamente, el menos tangible de los cuerpos; pero los indios lo sentían cuando azotaba sus rostros. Si se me permite la frase, diré que sus espíritus eran corpóreos.

Todo nacía de la vía láctea, y todo volvía á ella. De este panteísmo materialista, y de la idolatría de los dioses de piedra, debía venir al fin un fanatismo absurdo, un fatalismo negro, y un culto espantoso de sangre.

Pero la adoración de los tres astros hizo nacer con ella una cronología asombrosa. Los sacerdotes nahuas, y á su imitación los mayas, combinaron de modo maravilloso los cómputos de venus, del sol y de la luna, y formaron una ciclografía perfecta. Causa admiración cómo, sin instrumentos apropiados, y solamente por la constante observación que noche á noche hacían en sus elevados teocallis, llegaran á precisar la revolución sinódica de venus, la cual fijaron en 584 días: y sumando cinco de esas revoluciones, las encontraron iguales á ocho años solares; punto de partida para la formación de los diversos ciclos. Todavía más: como observaran que el cómputo de la revolución sinódica de venus no era exacto, pues realmente es de 583.92, hicieron la correspondiente corrección, para lo cual atrasaban la fiesta octenial llamada *Atamalcualiztli.* Consta esto en las pinturas del códice Borgiano.

Ya siglos antes habían introducido el bisiesto; mas notaron que había un error de cálculo, ya se agregaran 65 días en cada gran ciclo de 1040 años, ya 13 en cada *xiuhmolpilli* de 52, ya uno cada cuatro, según los diferentes sistemas de intercalación: y en el año 1454 de la era vulgar, bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina, los mexicanos corrigieron ese error, según consta en el mismo códice Borgiano, y en un cilindro de piedra existente en el salón de monolitos del Museo Nacional de México.

Yo no sé, si conocido en Europa el sistema de los indios después de la conquista de México, influyó en el astrónomo Luis Lilio, y fué parte para que se hiciera la corrección gregoriana en 1582, ciento veinte y ocho años después de que se había hecho por los mexicanos. Lo cierto es que el cómputo europeo, y actualmente lo usamos aún, no es tan perfecto como el de los indios. En este se suprimía un bisiesto cada 130 años, según el códice de Bolonia, ú ocho días al fin del gran ciclo de 1040 años, según el Borgiano. Con este método sencillo, comprobado por Fábrega y el Barón de Humboldt, y calculado por el Sr. Orozco y Berra, se necesitaba el transcurso de más de 23,000 años para que hubiera el error de un solo día. Todavía puede nuestro calendario arqueológico prestar algunos auxilios á la cronología moderna.

Lo más admirable es, cómo los sacerdotes pudieron encerrar en un libro de 76 páginas, expresando sus ideas con figuras bizarras, toda su ciencia astronómica: como lo hicieron en el códice Borgiano, del cual hemos podido entender tan sólo algunos fragmentos; pero que si llegara á descifrarse todo, nos enseñaría secretos portentosos.

El hombre no vive solo en la tierra; por ley natural está siempre en compañía de sus semejantes: y es ciencia de mucha importancia, por cierto, la que trata de la constitución, fenómenos y desarrollo de la sociedad humana. En esta materia la Arqueología es poderoso auxiliar de los estudios de los sabios. No voy á ocuparme en presentar ante el Congreso lo que podría llamarse Sociología arqueológica; ni hablaré de la organización de los antiguos pueblos indios, ni de sus leyes civiles ó penales, ni de sus concepciones del derecho internacional, ni de sus *pochtecas,* mercaderes y embajadores á la vez, lo cual creaba un derecho mercantil muy especial; no trataré de las ideas de los mexicanos sobre la familia, la propiedad en general y las sucesiones; ni de la división del trabajo, ni de las profesiones; no me extenderé sobre sus conceptos acerca de la autoridad, ni cómo se ejercía en los diversos ramos públicos, ni cómo se imponían y cobraban los tributos, y cómo consignaron esto en códices jeroglíficos: no cabría tanto en los límites señalados á mi discurso. Me encargaré, pues, únicamente, para hacer manifiestas las relaciones de ambas ciencias, la Arqueología y la Sociología, de dos puntos aislados.

El filósofo Sir Herbert Spencer escribió que los mexicanos tenían en común la propiedad rural siempre, y por lo mismo no conocieron la propiedad particular de los campos. Un códice que publiqué, del cual existe otro semejante en la Biblioteca Nacional de París, nos muestra gráficamente los diversos terrenos de varia extensión, dados por los reyes de México, Itzcoatl y Moteczuma, á los conquistadores de Azcapotzalco. Cada terreno tiene en caracteres jeroglíficos su nombre y el de su propietario. Así, la Arqueología ha podido corregir un error del gran Spencer.

El otro hecho es más trascendental. Se ha formado una escuela que condena la conquista de América por los europeos, como innecesaria para el progreso de la humanidad. Las ideas principales de dicha escuela pueden resumirse en las siguientes palabras de mi antiguo amigo el Dr. Brinton, cuya muerte lamentamos los americanistas. En ocasión semejante á la presente, dijo: «The native American was a *man,* a man as we are men, with the same faculties, and aspirations, with like aims and ambitions, working, as our ancestors worked, endeavoring to carry out similar plans with

very similar means, fighting the same foes, seeking the same allies, and consequently arriving at the same, or similar results!»

Veamos qué nos dicen sobre punto tan importante las ruinas. Leamos esas páginas de piedra. Escogeremos las mejores: las de Palemke y el valle del Usumacinta, y las famosas de Yucatan. Pertenecen á una raza, la maya; y se desarrollan en dos Estados limítrofes de nuestra República de México, los cuales apenas si alcanzan, en la extensión en donde están las ruinas, unas cuatro mil leguas cuadradas, ó sea la trigésima parte de nuestro territorio, y sin duda menos del uno por ciento del que antiguamente ocuparon las familias de los mismos mayas, de los nahuas y de los autóctonos otomíes. Se trata, pues, de un terreno relativamente pequeño; y no debemos olvidar que los pueblos primitivos ocupan, en proporción con sus habitantes, muy grandes extensiones. Pues bien: aun tratándose de una raza y de un territorio no muy extenso, las ruinas, si acusan parentesco, revelan diferentes autonomías y diversos gobiernos. Palemke con las otras ciudades del valle del Usumacinta se distinguen por las torres de sus palacios y las superestructuras de sus templos, que faltan á los monumentos yucatecos. En éstos, distintos caracteres presentan los de Chichen Itzá, Uxmal y Mayapan: como eran separados los gobiernos de chales, cocomes y xiuhs. ¿Qué nos revela esta desigualdad? Que aun en la civilización más avanzada, los indios no tenían facultades sociológicas para formar grandes nacionalidades.

Los mismos mexicas, quienes llevaron sus ejércitos vencedores hasta las fronteras de Cuauhtemallan, no aumentaban su territorio con sus conquistas: se contentaban con imponer tributos á los pueblos subyugados. En el mismo valle de México, al rededor de la laguna salada, apenas si se agregaron las tierras del poniente y el sur, dejando las del oriente y el norte á los acolhuas de Texcoco y otros pequeños señoríos; mientras en el lago dulce dominaban los chalcas, los colhuas, los xochimilcas, y algunos pueblos de menor importancia.

¿Cuál debía ser el resultado de ese estado sociológico? Que dividido el país en gran número de reinos y señoríos, estuvieran siempre en guerra los unos con los otros, sin que pudieran formarse nacionalidades poderosas que al fin aseguraran la paz y el adelantamiento de los indios. Por el contrario, en todas partes había venido la decadencia; y á tiempo, por las leyes ineludibles de la Historia, llegó la conquista. Lo que prueba una vez más, que el progreso de la humanidad no va siempre de acuerdo con la justicia.

En cuanto á las ciencias de utilidad práctica, pues se basan principalmente en conocimientos nuevos, como son, por ejemplo, los

relativos al vapor y á la electricidad, no sería fácil encontrarles relaciones con la Arqueología. Citaré, sin embargo, la Medicina. La ciencia moderna no puede ver con desprecio los conocimientos médicos de los antiguos indios, desde el momento en que les debe la quina y la coca, dos remedios empleados con gran éxito en todas partes.

Los mexicanos tenían una verdadera ciencia curativa, la cual constituía una profesión en su sociedad. Baste decir que en el siglo XV ya usaban los anestésicos, y tenían un cuerpo médico militar que acompañaba á sus ejércitos en campaña.

Así, estudiar aquellas antiguas medicinas, todavía hoy usadas por los indios en los campos, será sin duda muy provechoso: y ya, con este objeto, el Gobierno de México ha fundado un Instituto Médico, cuyos buenos resultados veremos muy pronto, cuando la experimentación sea suficiente.

La Medicina india se basaba en la Botánica. Los Sres. Gerste y Troncoso han escrito interesantes trabajos sobre esta importante materia: y precisamente la clasificación se funda en la diversa facultad curativa de las plantas.

Entremos en las Artes. Nadie puede negar que la Arqueología ha sido poderoso elemento para su desarrollo y perfeccionamiento. Basta para probarlo recordar tan sólo la época del Renacimiento. Inspiróse la Arquitectura en las ruinas de los monumentos griegos y romanos. La Basílica de San Pedro no es una evolución de las ideas de la Edad Media: es un retroceso al arte antiguo, es un monumento cesáreo coronado con la cúpula de Miguel Angel, como con corona de emperador. El Moisés de *San Pietro in vincula* no tiene el sentimiento de la idea cristiana: más bien parece, por su majestad y por lo grandioso de su expresión y de sus líneas, un Júpiter Olímpico, el Zeus de Homero. Rafael abandonó las madonas místicas de Boticelli y de Perugino, é inspirándose en las estatuas paganas pintó sus incomparables vírgenes, cuyo modelo más perfecto fué la de la Silla. Las Artes todas, del Mundo Viejo sacaban un Mundo Nuevo; y el Renacimiento fué su edad de oro, antes no alcanzada, después no superada, acaso ni igualada nunca. La Arqueología contribuyó á convertir la Roma de León X en la capital del Mundo de las Artes, como lo era de la cristiandad.

Ya la misma Roma se engalanaba con los obeliscos egipcios; y estudios posteriores del Egipto contribuyeron á hacer hermosos edificios con su estilo y ornamentación. No solamente la romana que inspiró la de las Logias, también la policroma de Pompeya sirvió para dar nuevos ideales al arte, que no eran en realidad sino reflejos arqueológicos. Y los ha habido de todos los tiempos:

del gótico germano, del plateresco español; del afiligranado árabe; áun de las construcciones ciclópeas. Hoy mismo, el Arte Nuevo se ha compuesto de los despojos arqueológicos de las artes antiguas.

En esta materia mucha ayuda pueden dar nuestras ruinas. Las construcciones de bóvedas triangulares con bizarras superestructuras de la región Palemkana; sus palacios con torres, sus relieves, que como el de la Cruz, revelan conocimientos de la composición; sus estucos, cuyas figuras son notabilísimas por su dibujo y por el conocimiento del cuerpo humano; el ambiente estético, de un gusto especial, que en todo domina; la riquísima indumentaria y el carácter suntuoso de los gigantescos monolitos de Copán; las columnatas mayas, que como las de Zayi son de tanta pureza como las griegas, y las columnas labradas de hojas de Tollan; los muros de mascarones de Kabáh y las paredes labradas de Chichen Itzá; las fachadas de mascarones fantásticos de la casa de las Monjas de Uxmal, sus esquinas con mónstruos de trompas levantadas; todo da riquísimos y abundantes elementos á las artes: no menos que las prodigiosas grecas de Mitla; y algunas esculturas escapadas á la destrucción del gran Teocalli de México, como el tigre del Ministerio de Justicia, la colosal Coatlicue ornada de culebras primorosamente labradas, la esférica cabeza de diorita Tlahuizcalpantecuhtli, y la Piedra Ciclográfica, llamada vulgarmente Calendario Azteca, en la cual no se sabe qué admirar más, si los conocimientos astronómicos y cronológicos en ella encerrados, los geométricos para hacerla, ó su prodigiosa ejecución.

Algún día habrá un arte mexicano.

Las relaciones de la Arqueología con las otras ciencias, ameritan su admisión en este Congreso, en donde están representadas todas las fuerzas vivas de la humanidad, ya en sus concepciones intelectuales, ya en sus procedimientos prácticos. Pero la Arqueología es la muerte. ¿Acaso viene aquí con derecho, porque siempre van unidas la vida y la muerte, y ambas componen la historia de los hombres, como el día se forma de tinieblas de noche y esplendores de sol?

Hay una razón más poderosa. Todas las ciencias y todas las artes son el resultado de la acumulación, por muchos siglos, del saber humano. Nada se improvisa sobre la tierra. Las primeras generaciones legaron sus cortos conocimientos á las generaciones siguientes, que los aumentaron. De éstas los heredaron las posteriores: y así llegó el hombre á formar el caudal científico que hoy posee, como pobre laborioso y económico que, centavo á centavo, apila al fin montones de monedas de oro.

Nadie sabe, al remover las piedras de una ruina, si allí nació

alguna de las grandes ideas, hoy patrimonio de los pueblos modernos. Cuando, pasados siglos, la ciudad de Sevilla desaparezca, tal vez algún sabio, al encontrar un resto de la Giralda, ignore que del cerebro que la ideó brotó el Álgebra.

No sólo es el respeto á los sepulcros de nuestros antepasados, ni la gratitud por las enseñanzas recibidas, es más, es la solidaridad la que une á la Arqueología con las otras ciencias. Aquélla es el punto de partida, éstas el hermoso campo adonde hemos llegado; pero son extremos del mismo camino. Aquélla brilla tenue, como venus, el Tlahuizcalpantecuhtli Quetzalcoatl de los antiguos mexicanos, antes de amanecer, saliendo de los negros mares, resplandece en las tinieblas de la noche, envuelta en sombras de misterio; éstas, las ciencias modernas, deslumbran como soles en el zenit; pero una y otras son luces del mismo firmamento.

Por esto la ciencia de las cosas antiguas tiene un lugar en el certamen con que admira al mundo la ciudad de S. Louis Missouri. Aquí se han reunido todas las energías de los pueblos civilizados, y á competencia presentan sus productos en las ciencias, en las artes. en la industria, en la agricultura, en la minería, en el comercio. Aquí está todo cuanto las generaciones presentes pueden y alcanzan. Y todo pone asombro en el ánimo y admiración en la mente. Creyérase que la tierra daba un gran concierto á los cielos, con el rugido de las locomotivas, con el silbar de las máquinas, con el crujir de los arados, con el rechinar de las prensas. con el golpear acompasado de los vapores, con el andar de todos los pueblos aquí congregados, con su vocerío en todas las lenguas, con el aliento de mónstruo que sale de las multitudes: himno sublime del trabajo, que acompaña el murmullo de las aguas del Mississipi. Y todo es aquí llamas é incendios: y todo es aquí fuego y luz. Y á esta erupción de los esplendores de las ciencias y las artes, se agrega la Arqueología, fuego fatuo del inmenso cementerio de las edades pasadas. Fuego fatuo, sí; pero fuego: y todo fuego es luz!
